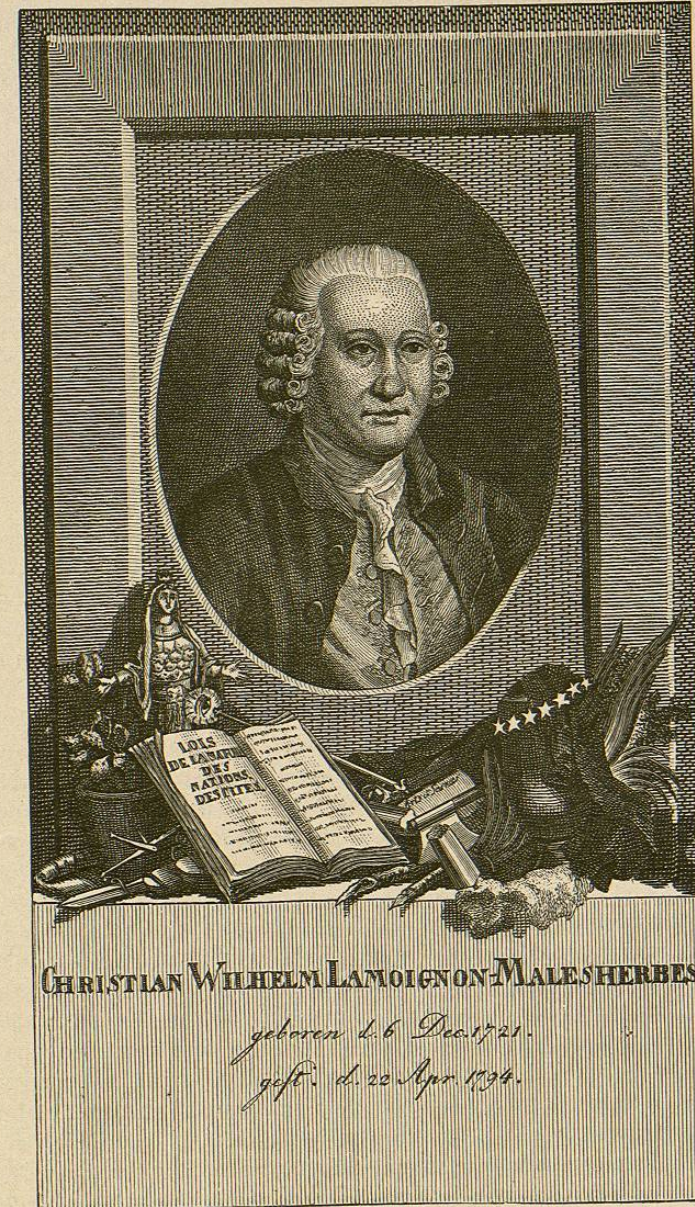


Llegó á las seis y media, y lo primero que hizo fué solicitar que le permitiesen ver á su familia, lo cual le rehusaron, diciendo que el Ayuntamiento había ordenado la separación mientras durase el proceso. A las ocho y media, cuando le anunciaron la hora de cenar, solicitó

en su defensa, y que se le permitiera ver á su familia. La Convención acordó en el acto que se le facilitara todo lo necesario para escribir, que se avisara á los dos defensores elegidos, dejándole comunicarse libremente con ellos, y que pudiera ver á su familia.



Malesherbes

de nuevo abrazar á sus hijos; pero las desconfianzas del Ayuntamiento habían endurecido á los guardianes, y se le rehusó otra vez este consuelo.

Entretanto reinaba en la Asamblea el tumulto á consecuencia de haber pedido Luis XVI letrados. Treillard y Petión insistían enérgicamente para que se accediese á la demanda; Tallián, Billaud-Varenes, Chabot y Merlin se oponían, alegando que se iba á retardar el juicio con subterfugios. La Asamblea accedió por último á la demanda, y se encargó á una comisión que fuera á manifestarlo así á Luis XVI y á preguntarle en quién recaería su elección. El rey designó á Target, y en su defecto á Tronchet, ó los dos si era posible. Solicitó además que le dieran tinta, papel y plumas para trabajar

Target rehusó la comisión de que le encargaba Luis XVI, dando por pretexto que desde 1785 no se dedicaba á la abogacía; Tronchet escribió en el acto que estaba dispuesto á aceptar la defensa que se le confiaba; y mientras se ocupaban en buscar nuevos letrados, recibióse una carta escrita por un ciudadano de setenta años, por el venerable Malesherbes, amigo y compañero de Turgot y el magistrado más respetable de Francia. El noble anciano escribía al presidente: «Dos veces he sido llamado al consejo del que fué mi señor en la época en que estas funciones eran ambicionadas por todo el mundo; y le debo el mismo servicio cuando éste parece peligroso á muchos.»

Malesherbes rogaba, pues, al presidente manifestase á



Luis XVI que estaba dispuesto á consagrarse á su defensa.

Otros muchos ciudadanos hicieron el mismo ofrecimiento, lo cual se comunicó al rey. Este dió gracias á todos, aceptando sólo á Tronchet y Malesherbes. El Ayuntamiento decidió que los dos defensores fuesen registrados de pies á cabeza antes de penetrar en la habitación de su cliente. La Convención, que había ordenado la *libre comunicación*, renovó su mandato, y pudieron entrar sin dificultad en el Temple. Al ver á Malesherbes, el rey corrió á su encuentro, y el venerable anciano se postró á sus pies derramando copiosas lágrimas; levantó el rey, y permanecieron largo tiempo abrazados, ocupándose después los dos en la defensa. Varios comisionados de la Asamblea llevaron todos los días al Temple los documentos, con orden de comunicarlos sin desprenderse nunca de ellos. El rey los examinaba con mucha atención, y con una tranquilidad que cada vez admiraba más á los comisionados.

El único consuelo que había pedido, el de ver á su familia, no le fué otorgado á pesar del decreto de la Convención, pues el Ayuntamiento, oponiendo siempre obstáculos, había pedido la revocación de la orden. «Inútil será que ordenéis, dijo Tallián á la Convención; si el Ayuntamiento no lo quiere, no se hará.» Estas insolentes palabras produjeron un gran tumulto. Sin embargo, la Asamblea modificó su decreto, ordenando que el rey pudiera tener en su compañía á sus dos hijos, á condición de que éstos no volvieran á reunirse con su madre durante todo el proceso. Comprendiendo el rey que serían más necesarios á su madre, no quiso privarla de ellos, y sometióse á esta nueva pena con una resignación que ningún acontecimiento podía alterar.

A medida que avanzaba el proceso, reconocíase más la importancia de la cuestión. Los unos comprendían que proceder por el regicidio con la antigua monarquía era aventurarse en un sistema inexorable de venganzas y de crueldades, declarando una guerra á muerte al antiguo orden de cosas; queríase abolir éste, pero no de una manera tan violenta. Los otros, por el contrario, deseaban esta guerra á muerte, que no admitía ya debilidades ni arrepentimiento, y abría un abismo entre la monarquía y la revolución. La persona del rey desaparecía casi en esta cuestión inmensa, y sólo se trataba de una cosa: de saber si era ó no necesario romper enteramente con el pasado por medio de un acto terrible y ruidoso. Véase el resultado solamente, prescindiendo de la víctima sobre la cual iba á caer el golpe.

Los girondinos, constantes en perseguir á los jacobinos, recordábanles sin cesar los crímenes de septiembre, presentándolos como anarquistas que trataban de dominar en la Convención por el terror é inmolar al rey para reemplazarle por triunviros. Guadet consiguió casi expulsarlos de la Convención, haciendo decretar que se convocaran las juntas electorales de toda Francia para confirmar ó cambiar sus diputados. Esta proposición, acordada y decretada en muy pocos minutos, había atemorizado mucho á los jacobinos; pero otras circunstancias les inquietaban más aún. De todas partes continuaban llegando los confederados, y las municipalidades enviaban una infinidad de exposiciones en las cuales, al paso que aprobaban la república, felicitando á la Asamblea por haberla instituido, con-

denaban los crímenes y los excesos de la anarquía. Las sociedades afiliadas reconvenían siempre á la sociedad madre por conservar en su seno hombres sanguinarios que pervertían la moral pública, atentando contra la seguridad de la Convención. Algunas renegaban de la sociedad madre, y declaraban que no querían continuar en la afiliación, anunciando que á la primera señal correrían á París para sostener á la Asamblea. Todos pedían la separación de Marat, y algunos la del mismo Robespierre.

Desconsolados los jacobinos, confesaban que la opinión se corrompía en Francia; recomendábase la unión, y no descuidaban en escribir á las provincias para ilustrar á sus hermanos extraviados, acusando al traidor Roland de interceptar su correspondencia, substituyéndola con escritos hipócritas que pervertían los ánimos. Proponían un donativo voluntario para dar circulación á los buenos escritos, y particularmente los *admirables* discursos de Robespierre, buscando los medios de hacerlos llegar á su destino á pesar de Roland, que violaba, según ellos decían, la libertad de los correos. Sin embargo, érales preciso convenir en una cosa, en que Marat les comprometía por la violencia de sus escritos; y era necesario, según ellos, que la sociedad madre diese á conocer á Francia qué diferencia establecía entre Marat, á quien su imaginación exaltada hacía salir de los límites, y el sabio, el virtuoso Robespierre, que, sin excederse nunca, quería sin debilidad, aunque sin exageración, lo que era justo y posible. Habíase reconocido que Marat tenía una inteligencia vigorosa y atrevida, pero demasiado violenta; decíase que había sido útil á la causa del pueblo, pero que no sabía contenerse. Los partidarios de Marat contestaban que no creía necesario ejecutar cuanto había dicho, y que sabía mejor que nadie en qué punto era preciso detenerse. En prueba de ello citaban diversas palabras; Marat les había dicho: «No se necesita un Marat en la república.

—Pido lo más para obtener lo menos.—Mi mano se secaría antes que escribir si creyese que el pueblo había de ejecutar al pie de la letra todo lo que le aconsejo. —Pido muy caro al pueblo, porque sé que ha de regatear.» Las tribunas habían apoyado esta justificación de Marat con sus aplausos; pero la sociedad había resuelto redactar un informe en el que, describiendo el carácter de Marat y de Robespierre, se demostrase qué diferencia existía entre el saber del uno y la vehemencia del otro. Después de esta medida se propusieron otras varias, prometiéndose sobre todo pedir continuamente la marcha de los confederados á la frontera. En efecto, si se recibía la noticia de que el ejército de Dumouriez se debilitaba por la desertión, los jacobinos gritaban que era indispensable el refuerzo de los confederados. Marat escribía que hacía más de un año que servían los voluntarios que marcharon primeramente, y que ya era tiempo de substituirlos con los que se hallaban en París. Acabábase de saber que Custine se había visto precisado á retirarse de Francfort, y que Beurnonville atacó inútilmente el electorado de Tréveris. Los jacobinos sostuvieron que si estos dos generales hubiesen tenido á su disposición á los muchos confederados que ocupaban inútilmente la capital, no se habría sufrido este descalabro.

Las diversas noticias acerca de la inútil tentativa de

Beurnonville y el descalabro de Custine habían agitado la opinión pública, aunque eran fáciles de prever, pues el primero de dichos generales, al atacar posiciones inexpugnables, en mala estación y sin medios suficientes, no podía alcanzar buen éxito; y Custine, obstinándose en no retroceder espontáneamente por el Rhin, á fin de no confesar su temeridad, debía infaliblemente verse obligado á una retirada á Maguncia. Las desgracias públicas son para los partidos un motivo de censura. Los jacobinos, que no eran afectos á los generales tildados de aristócratas, clamaban contra ellos, acusándoles de ser faldones y girondinos. Marat no dejó de pronunciarse nuevamente contra el furor de las conquistas, que, según decía, siempre había condenado, y que sólo era una embozada ambición de los generales para alcanzar un temible grado de poder. Robespierre, dirigiendo la censura según las inspiraciones de su odio, sostuvo que no era á los generales á quienes se debía acusar, sino á la facción infame que dominaba en la Asamblea y al poder ejecutivo. El pérfido Roland, el intrigante Brissot, y los malvados Louvet, Guadet y Vergniaud, eran los autores de todos los males de Francia; deseaba ser el primero á quien ellos asesinasen; pero ante todo quería tener el gusto de denunciarlos. Dumouriez y Custine, según dijo, los conocían y se guardaban muy bien de reunirse con ellos; pero todo el mundo los temía, porque disponían del oro, de los empleos y de todos los medios de la república. Su intención era avasallarla, y para esto encadenaban á todos los verdaderos patriotas, impidiendo el desarrollo de su energía, y exponiendo así á Francia á ser vencida por sus enemigos. Proponíanse principalmente aniquilar la sociedad de los jacobinos y arrancar la vida á cuantos tuviesen el valor de resistir. «¡Y en cuanto á mí, exclamaba Robespierre, pido ser asesinado por Roland!» (*Sesión de los Jacobinos del 12 de diciembre.*)

Este odio furibundo se comunicaba á toda la sociedad, agitándola como un mar tempestuoso. Prometíanse empeñar una lucha á muerte contra la facción; se rechazaba de antemano toda idea de avenencia; y como se había tratado de un nuevo proyecto para transigir, se aconsejó rehusar para siempre el beso de *Lamourette*.

Las mismas escenas se reproducían en la Asamblea durante el plazo concedido á Luis XVI para preparar su defensa. No se dejaba de repetir que en todas partes amenazaban los realistas á los patriotas, circulando pasquines en favor del rey. Thuriot propuso un medio, que consistía en castigar con la muerte á cualquiera que meditara romper la unidad de la república para desprender la más pequeña parte. Este era un decreto contra la fábula del federalismo, es decir, contra los girondinos. Buzot se apresura á contestar con otro proyecto de decreto, y pide el destierro de la familia de Orleans. Los partidos se combaten con hipocresías, vengándose de las calumnias con otras. Mientras los jacobinos acusaban de federalismo á los girondinos, éstos reconvenían á los primeros bajo el pretexto de querer colocar en el trono al duque de Orleans, deseando sólo inmolar á Luis XVI para dejar el puesto vacante.

El duque de Orleans residía en París, donde se esforzaba inútilmente en hacerse olvidar en el seno de la Convención. Sin duda no le convenía permanecer en medio de furiosos demagogos; pero ¿adónde huir? En

Europa le esperaban la emigración y los ultrajes, y tal vez amenazaban también los suplicios á este pariente de la monarquía, que había repudiado su nacimiento y su rango. En Francia se esforzaba por encubrir su condición bajo los títulos más modestos, y llamábase *Igualdad*; pero quedaba el indeleble recuerdo de su antigua existencia, y el testimonio siempre presente de sus inmensas riquezas. A menos de cubrirse de andrajos, y de hacerse despreciable á fuerza de cinismo, ¿cómo alejar las sospechas? Permaneciendo en las filas de los girondinos, se hubiera perdido desde el primer día, pues así se justificaban todos los cargos de realista que le dirigieran; entre los jacobinos, servíale de apoyo la violencia de París; mas no podía evitar las acusaciones de los girondinos, y esto fué, en efecto, lo que le sucedió. No perdonándole éstos que se agrupara con sus enemigos, suponían que prodigaba sus tesoros á los anarquistas para no ser tan odioso, proporcionándoles el auxilio de su considerable fortuna.

El suspicaz Louvet creía más aún, imaginándose sinceramente que alimentaba la esperanza de ocupar el trono. Sin compartir esta opinión, y sólo para combatir la salida de Thuriot, Buzot sube á la tribuna y dice: «Si el decreto propuesto por Thuriot debe producir la confianza, voy á proponer otro que no dará menos este resultado. La monarquía ha caído, pero vive aún en las costumbres y en los recuerdos de sus antiguos hijos. Imitemos á los romanos; ellos expulsaron á Tarquino y su familia: hagamos nosotros lo mismo con la familia de los Borbones. Una parte de ésta está aprisionada; pero hay otra mucho más peligrosa porque fué más popular, y es la de Orleans. El busto de su jefe fué paseado por las calles de París; sus hijos, dando pruebas de intrepidez, se distinguen en nuestros ejércitos, y los méritos mismos de esa familia contribuyen á que sea peligrosa para la libertad. Que haga el último sacrificio por la patria desterrándose de su seno; que lleve á otra parte la desgracia de haberse aproximado al trono, y la desdicha, mucho mayor aún, de tener un nombre que nos es odioso, que no puede menos de ofender los oídos de todo hombre libre.»

Louvet sucede á Buzot en la tribuna, y dirigiéndose al mismo Orleans le cita el destierro voluntario de Colatino, instándole á imitarle. Lanjuinais recuerda las elecciones de París, de que Igualdad formaba parte, y que se hicieron bajo el puñal de la facción anárquica; menciona los esfuerzos para nombrar ministro de la Guerra á un canceller de la casa de Orleans, la influencia que los hijos de esta familia han adquirido en los ejércitos, y por todos estos motivos pide el destierro de los Borbones. Bazire, Saint-Just y Chabot rehusan, más bien por oposición á los girondinos que por afecto á Orleans. Sostienen que no es el momento de proceder contra el único Borbón que se ha portado lealmente con la patria; que se debe castigar antes al Borbón prisionero, hacer en seguida la Constitución y ocuparse después de los ciudadanos que hayan llegado á ser peligrosos; que desterrar á Orleans de Francia equivale á enviarle á la muerte, y que cuando menos se debe aplazar tan cruel medida. A pesar de todo, decretase el destierro por unanimidad, y ya no se trata sino de fijar la época en que debe efectuarse, al redactar el decreto. «Puesto que empleáis el ostracismo contra Igualdad,



dice Merlin, usadle también contra todos los hombres peligrosos, y desde luego le pediré contra el poder ejecutivo.—¡Contra Roland!, exclama Albitte.—¡Contra Roland y Pache!, añade Barrere, porque han llegado á ser una causa de división entre nosotros. Sean expulsados uno y otro del ministerio para que se restablezca la calma y la unidad.» Sin embargo, Kersaint teme que Inglaterra se aproveche de esta desorganización del ministerio para hacernos una guerra desastrosa, como la hizo en 1757, cuando Argensón y Machau cayeron en desgracia.

Rewbel pregunta si se puede desterrar á un representante del pueblo, y si Felipe Igualdad no pertenece por este título á la nación que le ha nombrado. Estas diversas observaciones producen cierta perplejidad en los ánimos; se hacen interrupciones, se habla de nuevo, y sin revocar el decreto de destierro contra los Borbones, aplázase la discusión para dentro de tres días, á fin de

reflexionar más maduramente y con más calma en la cuestión de saber si era dado desterrar á Igualdad y destituir sin riesgo á los dos ministros del Interior y de la Guerra.

Ya se comprenderá qué desorden debió reinar en las secciones, en el Ayuntamiento y en los jacobinos, después de esta discusión. Clamóse en todas partes contra el ostracismo, y preparáronse peticiones para el momento de entablar la discusión. Transcurridos los tres días, prosiguióse el debate; el corregidor se presentó á la cabeza de las secciones para pedir la anulación del decreto; la Asamblea pasó á la orden del día después de la lectura del mensaje; pero Petión, viendo el alboroto que excitaba aquel asunto, pidió el aplazamiento hasta que terminara el juicio de Luis XVI. Adoptada esta especie de transacción, lanzáronse de nuevo sobre la víctima contra la cual se encarnizaban todas las pasiones. El célebre proceso siguió, pues, su marcha.

## CAPÍTULO V

Continuación del proceso de Luis XVI. — Su defensa. — Debates tumultuosos en la Convención. — Los girondinos proponen la apelación al pueblo. — Opinión del diputado Salles. — Discurso de Robespierre. — Discurso de Vergniaud. — Estado de las cuestiones. — Luis XVI es declarado culpable y condenado á muerte, sin apelación al pueblo y sin sobreseimiento en la ejecución. — Detalles sobre los debates y los votos emitidos. — Asesinato del diputado Lepelletier Saint-Fargeau. — Agitación en París. — Luis XVI se despide de su familia. — Sus últimos momentos en la prisión y en el cadalso.

El tiempo concedido á Luis XVI para preparar su defensa era apenas suficiente para comprobar los numerosos documentos en que debía establecerse. Sus dos defensores pidieron un tercero, más joven y más activo, que redactara y pronunciase la defensa en tanto que ellos buscaban y preparaban los medios. Este joven auxiliar era el abogado Deseze, que había defendido á Benval después del 14 de junio. Como la Convención había acordado la defensa, no rehusó un nuevo letrado, y Mr. Deseze tuvo, como Malesherbes y Tronchet, la facultad de penetrar en el Temple. Una comisión llevaba diariamente los documentos, enseñábalos á Luis XVI, y éste los recibía con mucha tranquilidad, como si este proceso *hubiera sido el de otra persona*, según se dijo en un informe del Ayuntamiento. Mostrábase muy cortés con los comisionados, y mandaba que les diesen algo de comer cuando las sesiones habían sido demasiado largas. Mientras se ocupaba así en su proceso, había hallado un medio de corresponderse con su familia; valíase del papel y las plumas que le habían dado para trabajar en su defensa y escribía á las princesas, las cuales trazaban su contestación formando las letras en el papel con la punta de un alfiler. Algunas veces introducían las cartitas en ovidios de hilo, que un mozo de la cocina echaba debajo de la mesa al servir los platos; en otras ocasiones se bajaban por medio de una cuerda desde un piso á otro. Los infelices prisioneros se manifestaban así el estado de su salud, hallando un gran consuelo al saber que no estaban enfermos.

Por último, terminó Mr. Deseze su defensa trabajando noche y día. El rey le hizo suprimir todo cuanto era demasiado oratorio, y quiso limitarse á la simple discusión de los medios que había hecho valer. El 26, á las nueve y media de la mañana, toda la fuerza armada estaba en movimiento para conducir al prisionero desde el Temple á los Fuldenses, con las mismas precauciones y en el mismo orden que para la primera comparecencia. Una vez en el coche del corregidor, habló con él durante el trayecto con igual tranquilidad que de costumbre, versando la conversación sobre Séneca, Tito Livio y los hospitales; y hasta dirigió un chiste bastante agudo á uno de los agentes que iba en el coche con el sombrero puesto. Llegado á los Fuldenses, mostróse sumamente solícito con sus defensores, sentóse á su lado en la Asamblea, miró con gran serenidad los bancos donde estaban sus acusadores y sus jueces; hubiérase dicho que trataba de estudiar en su semblante la im-

presión que producía la defensa de Mr. Deseze; y más de una vez habló, sonriendo, con Tronchet y Malesherbes. La Asamblea acogió su defensa con lúgubre silencio, sin dar muestra alguna de reprobación.

El defensor se ocupó primeramente de los principios de derecho, y después de los hechos imputados á Luis XVI.

Aunque la Asamblea, al decidir que el rey sería sentenciado por ella, decretó implícitamente que no podía invocarse la inviolabilidad, Mr. Deseze demostró muy bien que nada podía limitar la defensa, que debía ser completa aun después del decreto, y que por lo tanto, si Luis juzgaba sostenible la inviolabilidad, tenía el derecho de hacerla valer. Fuéle preciso al principio reconocer la soberanía del pueblo, y así como todos los defensores de la Constitución de 1791, sostuvo que la soberanía, aunque señora absoluta, podía comprometerse; que así lo había querido respecto á Luis XVI al estipular la inviolabilidad; que no quiso una cosa absurda en el sistema de la monarquía; que por lo tanto debía cumplirse el compromiso; y que todos los crímenes posibles, si el rey los hubiese cometido, no podían ser castigados sino con la destitución. Dijo que sin esto sería la Constitución de 1791 un lazo bárbaro tendido á Luis XVI, puesto que se le habría prometido con la secreta intención de no cumplir; que si rehusaban á Luis sus derechos de rey, era preciso dejarle por lo menos los de ciudadano. Preguntó dónde estaban las fórmulas conservadoras que tenía derecho á reclamar todo ciudadano, tales como la distinción entre el jurado fiscal y el jurado juez, la facultad de recusar, la mayoría de las dos terceras partes, la votación secreta, y el silencio de los jueces mientras formaban su opinión. El defensor añadió, con una osadía á que sólo contestó el más profundo silencio, que buscaba por todas partes jueces y sólo veía acusadores.

Pasando después á la discusión de los hechos, que clasificó en dos divisiones, los que precedieron y los que siguieron á la aceptación del acta constitucional, dijo que los primeros quedaban cubiertos por la misma aceptación, y los otros por la inviolabilidad. Sin embargo, no rehusaba discutirlos, y lo hizo con ventaja, porque se habían acumulado una infinidad de hechos insignificantes, á falta de la prueba precisa de las inteligencias con el extranjero, crimen de que se estaba persuadido, pero cuya prueba terminante faltaba todavía. Rechazó victoriosamente la acusación de haber